

Irene Gracia

Recuerda

El hombre del frac se concentra antes de salir a escena. Siempre representa el mismo papel, en el mismo lugar y a la misma hora.

Un hombre cualquiera, o cualquier mujer, no importa, deberá contar a un mismo público, que ya es un mismo ente pensante, una historia vivida en el pasado, una vida.

Es una historia que viene contando desde hace años, pocos, en teatros como ese, o en cines parecidos, o en páginas de los libros o los periódicos. No importan las anécdotas, no importan ni el sexo, ni la condición, ni los nombres de los protagonistas, porque siempre es la misma historia terrible... reveladora.

Un foco de luz ilumina en el escenario a un hombre de melena plateada, que pide un voluntario para ser hipnotizado.

Una mujer joven, casi una muchacha, se abre paso entre el Público. Todos la miran. Todos la estamos mirando. Y el hombre la invita a sentarse y le pregunta su nombre.

– Sofía.

La joven se llama Sofía.

– Cuando cuente hasta diez, dormirás profundamente, Sofía, y sólo cuando yo te lo ordene te despertarás.

Ella asiente... El Público asiente y no puede resistirse ante el poderoso influjo de esos ojos amarillentos clavándose en sus ciento ocho ojos. Y ella, la muchacha, siente que le pesan los párpados cuando empieza a contar... uno... dos... tres... cuatro... cinco. Y el Público lucha para que no le arrastre el mismo sueño extraño y narcótico... seis... siete... ocho... nueve... diez.

Cierra los ojos y la voz le ordena que retroceda en el tiempo...

Sombras blancas y negras pueblan su cabeza. Sobre una niebla blanquecina se va dibujando la fantasmal imagen de las siluetas alineadas de unas chimeneas. El punto de color tiñe de rojo la visión, una fogata ha prendido en el vértice de una de ellas, que indica que allá dentro se está trabajando por encima de sus posibilidades. El humo sale despavorido, como si escapara de una negrura más oscura que la suya, dibuja una estela fúnebre hasta perderse en ese cielo venenoso. No hay nubes, pero una lluvia de

ceniza y un penetrante olor a gas y a carne quemada invade el valle.

El Público abre los ojos, todos sus ojos, mira a la mujer, que parece profundamente dormida, su ha espalda se ha quebrado y la cabeza cuelga de su cuello inclinada a un lado.

El hombre del frac ya sólo es una voz dentro de su cabeza, una voz masculina, hipnótica y penetrante, que le ordena que hable. La mujer suda cuando empieza a balbucear las primeras frases:

– Ahora ella está en un lugar desolador, cercado por hombres estáticos que llevan armas en sus manos. Hombres y mujeres de ojos suplicantes y cuerpos rotos la acompañan, mientras espera su turno en una larga cola, formada por la misma caravana de penitentes que trataron de huir del pánico a ninguna parte. Acaba de llegar y está sola y asustada. Tiene demasiado miedo para pensar qué está sucediendo, tiene demasiado miedo para estar triste... tiembla... y siente una asfixiante sensación de humillación y odio cuando el hombre se la queda mirando como si la reconociera.

– Recuerda, recuerda... –repite la voz cada vez más lejana del hombre del frac, que se ha infiltrado en su sueño.

Y sus recuerdos se apoderan del Público cuando con una voz diferente, más ronca y más amarga, vuelve a decir:

– Recuerdo que cuando llegué aquí, un grupo de oficiales de alta graduación pasaron junto a nosotros, con porte orgulloso, con paso seguro, se detuvieron y parlotearon entre ellos. Iban vestidos de negro, negro era el uniforme de los cinco, y uno de ellos, el más altivo, detuvo unos instantes la mirada en mí, y yo, que me di cuenta, bajé la cabeza asustada, observé su espalda mientras se alejaba y por un momento aquel hombre se giró para mirarme.

Silencio...

La mujer se ha callado y el Público queda sin aliento, sintiendo que necesita volver a oírla... ahora su voz es también su voz... ahora su historia es también su historia. Y sólo cuando aquella mujer vuelve a hablar, el Público vuelve a respirar.

– Soy una mujer y recuerdo que hace unos tres meses que parecen tres lustros, antes de que la fatalidad diera con mis huesos en este campo, hasta debí de ser hermosa. Recuerdo los ojos de algunos hombres, mirándome con agrado. Hoy me arrastro, hoy

me siento débil, me siento fea con mi cabeza rapada, hoy soy un desperdicio, no soy nadie, no soy nada. Recuerdo antes, hace tres meses... ¿o fueron tres siglos?... no sé, pero antes solía cepillarme mi larga cabellera todas las noches, antes de acostarme. Ahora, cuando me desplomo sobre mi catre maloliente de orines y heces sólo deseo no volver a despertarme. Ellos me cortaron los cabellos como cortaron todo lazo con mi pasado... y con mi presente y con mi futuro... Ellos me separaron de mi hombre y me quitaron a mi hijito... Ellos me despojaron de todo... Recuerdo que una vez amé a un hombre, aunque hoy no sé si fue un sueño. De lo que sí estoy segura es de que este vientre cobijó hace algunos años a mi hijo, todavía están grabadas las huellas de aquel embarazo que me recuerdan que no es un delirio mío. Ellos me arrebataron mi ángel cuando llegué aquí. Ellos nos separaron y ésa es la amputación más dolorosa, pero también es la única fuerza que me queda para seguir respirando, para no asfixiarme al fin.

Silencio... Silencio.

– Me he vuelto a cruzar con el hombre que vi cuando llegué a este infierno, creo que se ha acordado de mí, creo que me ha reconocido, se ha acercado a mí y ha agarrado mi cara por la mandíbula con su fuerte mano izquierda enguantada de negro, y se ha quedado mirándome fijamente a los ojos. Yo he bajado la vista pero no he podido librarme de sus ojos persiguiendo a los míos y he vuelto a mirarle.

«Ya nada me importa, ya no puedo temer nada, y le he sostenido la mirada como si no fuera nadie, como si no existiera. De repente él ha apartado su mano de mi cara, como si le quemase. Se ha separado de mi rostro arrojándolo con rabia».

El silencio de la sala se hace insostenible. Todos los silencios están pendientes de su silencio. También el Público, sobre todo el Público.

– ¿Qué ves? Di, ¿qué ves?

La mujer cambia de voz según hable en primera o en tercera persona, con su propia voz o con la voz prestada de otra mujer:

– Al anochecer, un hombre va a buscarla. Ella tiembla al oír su nombre, y como una sombra le sigue por la vereda oscura. Llama a una puerta, espera y sale a recibirla el oficial que retuvo su rostro en la mano izquierda –dice la mujer, que sin interrumpirse

cambia a la otra voz, la quebradiza... la de la otra.

Después, muchas noches se confunden en mi mente, en las que aparece su rostro: es hermoso y frío como hielo moldeado, y su piel es casi tan blanca como sus ojos cuando me miran. Acerca a mí sus manos enguantadas, y me doy cuenta de que una es dura, rígida, de frío metal. Su mano temblorosa, su única mano recorre toda mi piel, se detiene en mi cuello, aprisionándolo con fuerza, y baja por los hombros, despojándome de mi ropa. Palpa mis menudos senos y tiembla de deseo... y yo tiemblo de miedo.

La mujer tiembla, y el hombre del frac le acaricia los cabellos para que se tranquilice y la anima a seguir hablando.

– Él no puede resistir el terror de los ojos de la mujer clavándose en los suyos, y la abofetea para que deje de mirarle así, pero sabe que no a es a ella a quien quisiera abofetear. Él quisiera apartar de un manotazo esa obsesión que le ha calado la conciencia, la que tiembla en su corazón y en su cuerpo, en su piel y en su sexo. Porque con su deseo se ha colado la Duda. La Duda le acompañará cada mañana cuando abandone el lecho que compartió con la mujer de piel maldita, esa piel prohibida, esa piel malnacida que debe ser exterminada, esa piel infame que se curte al sol, como la de un animal, para ser útil. Y ahora, cuando vea azotar otra piel recordará la piel que adoró la noche anterior. Y cuando se pongan en marcha las calderas y el insoportable olor a piel quemada lo invada todo, recordará el olor de la mujer. Y su mente albergará una duda... Si ella es culpable... él es peor que ella, peor que nada por idolatrar ese cuerpo indeseable... y si por el contrario no lo es... Y todo es mentira... es peor que una pesadilla... entonces, él ¿qué está haciendo?... Y después el fantasma de la culpa intentará colarse en su cuerpo para seguir torturándole... y tras la culpa el arrepentimiento, después de lo que ha hecho, de lo que está haciendo. Ya es demasiado tarde, se dice, tarde para pensar, tarde para echarse atrás, tarde para dejar de amarla. Ahora sabe que sus pasos bordean un abismo más atroz que el averno y vuelve a abofetearla, por hacerse consciente del terreno movedizo que ahora pisan sus pies... Se echa atrás, desaparece y vuelve con un plato de comida. Le ofrece el alimento, como se le ofrece a un animal apaleado de quien queremos ganar su confianza. Acerca la cuchara a la boca y come una a una cada

cucharada de comida que él le está dando, como una niña hambrienta, pues su cuerpo no es ahora más pesado que el de una niña, una niña vieja de treinta años, y sus secos senos son ahora los de una niña de diez años, siempre lo fueron, pero ahora más, una niña a la que arrebataron su muñeco y ya no quiere jugar, no más. Ella no puede resistirse, sus deseos ya no cuentan, y él le toca la frente, arde. Ella está enferma, pero a él no le importa. Él ya sólo desea una cosa, en el fondo es esa fiebre lo que busca, él quiere contagiarse de ella, sentir lo mismo, para hallar una respuesta, algo que le haga comprender... que le haga desaparecer. Y así, noche tras noche, compartiendo el mismo techo, único escenario de esa pesadilla compartida, de su mutuo horror. Ella es su esclava y él lo es de su propio deseo. Entra sin preámbulos en ese cuerpo, sin desvestirse. Ella tiembla de terror y él tiembla de deseo. Tiemblan juntos antes del desfallecimiento. Se han acostumbrado a ese rito, mudo, de silencios tensos, sin palabras, se han habituado al ritual del sacrificio, y siempre es el mismo... Él entra en su sexo sin caricias previas, trota sobre ella, gime como un animal desvalido sobre su pecho.

Él es el único que siente, ella permanece tendida en la cama como un cadáver, abandonada, rígida, rota. Ella está demasiado débil para sentir odio o asco, culpa o deseo. Él lo sabe y no espera otra cosa de ella, prefiere no esperar más, le da miedo que sea de otro modo pero a veces la mira, como si no se atreviese a preguntarle algo. Otras veces pone en la gramola un alegre vals, sabe que ella está todavía demasiado débil para bailar y coloca sus pies desnudos sobre sus botas negras, y gira con ella, como si bailara con una muñeca, pues en eso la ha convertido. Ella vibra con los latidos de su corazón, respira su olor y se pregunta quién será aquel hombre y por qué la trata así. Por qué la golpea y después la abraza. Por qué la mira con ternura y después la empuja de su lado bruscamente. Por qué la tira al suelo y la recoge, por qué baila con ella por la noche y por el día danza con los suyos la danza de la muerte. Por qué parece que se le fuera la vida cuando entra dentro de ella. Por qué le arrebató a su gente cuando sale fuera... ¿Por qué esa contradicción?... por qué ese silencio... Él le ha puesto un lazo azul en su cabello que vuelve a crecer, él acaricio los pequeños rizos cobrizos que ya empiezan a

ondularse en su cabeza. Él la viste despacio, cuidadosamente, como si fuera una muñeca de porcelana y después le levanta las enaguas de encaje, recorre sus piernas con el borde de la lengua y vuelve a entrar en ella.

El Público está pendiente de las palabras de la mujer, ahora todo el público es un solo oído, un gran oído, escuchando con atención su historia.

Sólo han pasado unos minutos que parecen años, cuando la mujer prosigue su relato hablando con su propia voz, y su voz es la voz de una mujer alarmada ante lo que sus ojos están contemplando.

– Una noche, después del desvanecimiento, él la zarandea con fuerza gritándole: «Me advirtieron que nunca debería mirar en el fondo del alma de las judías. Me dijeron que podemos tomaros por la fuerza, pero sin miraros a los ojos, que sois como el veneno, peor que las brujas, y que poseéis el poder de perder a los hombres que se han adentrado en el abismo de vuestra mirada y a mí... ¡Maldita! Me has hechizado...»

Y la arroja de la cama con violentas patadas. Ella solloza por primera vez, y al llorar recupera a la mujer que yace aprisionada dentro suyo y vuelve a ser la que fue, aquella que olvidó, y su propio llanto la reconforta y se refugia en el suelo, recogiendo sus piernas en posición fetal para desahogarse con sus gemidos. Él se siente fascinado por ese canto de sirena, se arrodilla ante ella y la abraza con ternura, bebe sus lágrimas, comulga con su dolor y le suplica que se calle, que se calle, que no puede soportar oírla, y la mece como a una muñeca. Y ella sabe que ha llegado el momento, que el interior del hombre se ha quebrado, se ha partido en dos, como una máscara, dejando el corazón al descubierto, y le habla del niño que le arrebataron y le repite su nombre una y otra vez, se lo repite y le describe su estatura, el color de miel de sus ojos, y los bucles de sus cabellos castaños.

Y le suplica que se lo devuelva una y otra vez, se lo suplica y le jura que se lo dará todo, todo... todo se lo dará si le devuelve a su pequeño. «Sólo mi cuerpo te pertenece», insiste la mujer suplicándole con ojos febriles, «pero si me devuelves a mi niño, te lo daré todo, te daré mi alma entera, o si lo prefieres te daré sólo la mitad para que cumplamos juntos la condena eterna...

Compartiré tu culpa o la asumiré yo sola por ti». Él tiembla al oírla, y le jura que lo buscará. Se lo jura una y otra vez, y haría cualquier cosa por hacerla callar.

Silencio.

– Recuerda... Recuerda...

– Han bebido champagne hasta el delirio y han brindado por ese juramento que los exiliará para siempre a las tinieblas. Ahora estamos condenados el uno al otro, piensa ella. Él ha tirado su copa para volver a abrazarla. Ella le coge de las manos, esas manos enfundadas en piel negra, disfrazadas, encubiertas. Esas manos asesinas, manchadas de sangre que ahora comparte, sus mismas manos. Ella le ha quitado el guante de la mano inmóvil, para desnudar su secreto, lentamente, de la misma forma que él solía despojarle de sus harapos, y contempla su mano fría y rígida de acero, y uno a uno va besando los cinco dedos, lamiéndolos, y después la estrecha contra su cara con devoción, haciendo renacer la vida en la materia muerta. «Esta mano, esta fría mano que no siente, que no padece, liberará a mi hijo... me salvará de este infierno, y al hacerlo, me condenará a otro peor».

Silencio... silencio...

– Habla... y dinos qué sientes.

– Amanece. Él vuelve a ponerse su uniforme de muerte, y ella sigue con sus ojos todos sus movimientos, sin moverse, pero ahora le mira de otra forma. Él cierra la puerta con el firme propósito de cumplir su palabra, y mientras camino va repitiendo el nombre del chiquillo para no olvidarlo. Ella se ha quedado sola y busca un espejo para mirarse, por primera vez desea volver a ver su rostro para ver si sigue siendo la misma, y por un momento piensa en su marido, aquel que engendró a su hijo, su rostro se ha ido desdibujando en su memoria. Y los ojos del hombre que la tiene cautiva, del hombre que le devolverá a su pequeño, se van intercalando en su rostro. Ella no puede evitar sentir piedad por ese hombre oscuro, sabe que está condenado. Ella ahora vive en el infierno y por eso conoce la crueldad de su destino. Su horror acabará algún día cuando ella muera, pero él está condenado a una pena sentenciada por millones de lenguas. Ella ha visto morir a muchas mujeres entre orines y heces en su mismo catre, expirando con la maldición escrita en sus labios, sentenciando su

destino inexorable. Ha oído a las más jóvenes y a las más viejas decir: «Alguien pagará por esto... no hay fuego suficiente para vengar lo que nos están haciendo...» Y ella sabe que el último deseo de las víctimas siempre se cumple... ella cree que la turbia pasión que aquel hombre siente hacia ella le purificará de alguna manera, que a través de ese sentimiento que le domina salvará a un inocente, y que eso será lo único que algún día en el juicio final, en el definitivo, inclinará la balanza a su favor, le redimirá de tanta barbarie. Antes... a menudo pensaba en cómo sería la conciencia de aquel hombre y sólo veía una sima negra. Ahora, cuando cierra los ojos y piensa en él, ve una bruma de luz interponiéndose en la oscuridad. Ella ha limpiado la mitad de su alma, pero sabe que al hacerlo, la otra mitad de la suya se ha manchado... y ahora, cuando vuelve a cerrar los ojos, descubre que el claro cielo de su propia alma está atravesado por la sombra oscura de un águila, pues al dejarse amar por ese hombre ha conectado con el mal, él ha oscurecido la parte más luminosa que tenía, ella ahora es otra, ya no puede volver a ser quien fue, ya no puede volver a amar a quien amó. Están condenados a cargar con el mismo estigma.

Silencio... Silencio.

– Sigue hablando y dinos qué más ves.

– Veo a aquel hombre que me convirtió en otra, que hizo que renegara de mí y de mi pasado, y que los míos me esquivaran. Cuando él pasa, los otros oficiales hacen comentarios, no comprenden su obcecación por esa mujer, ni la obcecación por encontrar la cría de esa perra judía. Él lo remueve todo por encontrar a ese niño, él está empeñado en cumplir su parte de aquel pacto, él hace oído sordos a todas las advertencias, a todos los avisos. Los suyos también le dan de lado y empiezan a conspirar contra él, y cuando al fin encuentra una pista del paradero del hijo de su obsesión, le anuncian su reciente muerte. Si hubiera llegado unas horas antes... sólo unas horas. Cuando se gira para marcharse, una mujer le llama y le entrega un par de botitas que son lo único que ha quedado de él.

Silencio...

– Esa noche él llega a la casa, y sin decir nada, saca las botas blancas del bolsillo de su gabardina negra, negra como la muerte,

y al verlas la mujer comprende y rompe en un grito desgarrador que recuerda el aullido de una loba herida. Ella comprende que aquel hombre cumplió su juramento, pero también comprende que llegó tarde para salvarlo. Él se queda quieto y ella se le echa encima como una fiera rabiosa, le pega una y otra vez, le pega con todas sus fuerzas y él se deja hacer, la mira con impotencia y se deja hacer. Ella le abofetea y le escupe en la cara una y otra vez, lo abofetea, y él permanece inmóvil sin decir nada, sin hacer nada. Ahora ella es dueña de la situación, por primera vez es ella la que lleva las riendas y él se deja golpear mientras escucha sus insultos y sus quejas: «He mancillado el honor de los míos», grita como si escupiese. «He gemido de placer y de dolor sobre las cruces de mis antepasados. He fornicado sobre la memoria de mi esposo, me dejado violar y al hacerlo he ultrajado su nombre. He dormido con mi enemigo y he traicionado a mi gente, he renegado de mi religión, de mi Dios, he pisoteado todo lo que se me enseñó, mis credos, mis convicciones. He pactado contigo, y al hacerlo he pactado con el mismo diablo y he arrojado mi alma para que se alimenten los perros del averno... ¡Maldito seas!... maldito», y golpeando con la misma furia su propio vientre sigue escupiendo: «Y éste es el fruto de tu condenada simiente. ¡Que Dios me perdone por llevar en mi vientre el hijo de Satán, después de haber fornicado con él sobre la tumba de mi hijo!...» Y después solloza y cae al suelo ante la impotencia de él, que rueda junto a ella... Y después sollozan juntos, y él no recuerda haber llorado desde que era niño... y después cae el silencio.

La mujer suda, ahora sus ojos están abiertos, blancos, como esas dos lunas paralelas, visionarias y apocalípticas que iluminan la última noche de los tiempos.

El hombre del frac limpia su frente, como si su pañuelo fuese el sudario de su recobrado vía crucis, el Público también suda con la conciencia atenta en la historia que ahora comparte con aquella desconocida... con su misma historia en voz masculina.

— Al día siguiente él fue enviado a otro destino, y no pasaría más de un mes cuando las tropas aliadas entraron liberando a los prisioneros, y el soldado que liberó a la mujer, que ahora soy yo, se extrañó de la contradictoria expresión que se le dibujó en el rostro, y cómo reía y lloraba al mismo tiempo.

La mujer ha enmudecido como si la emoción le impidiese seguir hablando. Dos lágrimas recorren su rostro empapado, se deslizan por el sudor.

El hombre seca con su pañuelo blanco sus ojos más blancos para impedir que siga llorando y le pregunta:

– ¿Ya no ves nada?

A lo que ella asiente con la cabeza.

– ¿Y ahora qué ves? Contesta, ¿qué ves ahora?

– Veo a la mujer entrar en la sala de juicio y a su paso todos murmuran. Todos esos ojos delatores señalan con sus miradas su abultado vientre. Se sienta en el estrado y contesta en voz baja, con la cabeza gacha, una a una todas las preguntas que le hacen ante la mirada del juez. Ella está declarando a su favor, contando cómo el hombre que ahora está sentado en el banquillo de los acusados la salvó de una muerte segura, curó sus heridas, la alimentó e intentó devolverle a un hijo que no volvió a ver..., pero también le señala como a uno de los responsables de aquel holocausto.

Silencio...

«Le odio», dice ahora la mujer con la voz cristalina de la otra, «porque me tenía encerrada y sólo sabía que los días pasaban por sus idas y venidas. Yo le esperaba con miedo, con angustia, con... no me atrevo a reconocerlo... Nunca creí que fuéramos el pueblo elegido y por eso tampoco podía creer entonces que ellos fueran la raza superior... Me ha sentenciado a estar sola en una tierra de nadie... Le odio porque me estremecí en brazos de mi verdugo, porque me alié con él, y tras esa alianza sé que estoy maldita, y que participo de su culpa. He formulado una alianza con el asesino de mi pueblo y sin embargo él no pudo devolverme lo que su gente me arrebató, lo único que me importaba, y en su lugar me ha dejado su simiente... un hijo del diablo... de mi diablo.

Ahora sé que soy suya, que ningún otro hombre me deseará, y que sólo puedo ser suya... para siempre.»

Silencio...

– Él está en el banquillo de los acusados mientras ella está declarando. Ella intenta concentrarse en un punto indefinido en el horizonte. Ella siente la presencia de él pero no quiere mirarle, siente las dagas de sus ojos apuntando hacia su boca, escuchando con atención cada palabra... Y cuando el fiscal le indica a la mujer

que señale entre los acusados a aquel de quien está hablando, ella gira su cara hacia él, delatándole. Sus ojos chocan frontalmente reconociéndose, y él acoge su mirada como una bendición. Sus ojos se han fundido en un lugar indefinido por encima del bien y del mal, por encima del cielo y del infierno, de la vida y de la muerte. Él ha medido con precisión cada gesto, el tono de su voz y sus reveladores silencios él los ha pesado con rigor... Su rostro estaba tenso, desencajado, pero él quiere penetrar en el corazón de esa mujer, porque lo que ella dijera a su favor o en su contra es lo único que le importa... Él ya conoce su destino, hace tiempo que lo conoce, quizás... se le reveló la primera vez que la vio esperando su turno resignada en la larga cola de los penitentes... Ahora ella está sentada haciendo equilibrio en el punto intermedio de la balanza y él está esperando su veredicto, su decisión fatal o aquella palabra que le redimirá de la condena eterna en el otro juicio.

Silencio...

– Ahora la mujer baja ceremoniosamente del estrado, sus pasos son decididos y más decidida es su altiva mirada, pero sus temblorosas piernas la delatan. Todos los ojos de la sala están clavados en ella, todos esperan algo... Todos han callado al oír su historia, con un silencio monacal, pero cuando la mujer está a punto de salir por la puerta, su inconsciente le traiciona y se para en seco, gira la cara buscando el rostro de él, y se le queda mirando, como cuando aquel hombre la descubrió en aquella cola siniestra. Sus ojos han vuelto a reconocerse y ella no puede evitar regalarle esa mirada llena de piedad con los ojos llenos de lágrimas. Y él que la recoge con la misma emoción la mira como nunca la ha mirado le dice en voz baja: «Mi amor... mi único amor...» Ella ha podido leer en sus labios las palabras que él nunca se atrevió a pronunciar... Un revuelo sacude la sala, como un disparo que alarmara a toda una manada de pájaros que alzan el vuelo, despavoridos, batiendo las alas... pero ella sigue andando... De tres... cuatro... cinco pasos hasta que se desploma en el suelo desmayada.

Silencio...

– Veo a ese hombre... y es sentenciado a muerte...

Silencio...

– Veo a esa mujer... siente un desgarró en la profundidad de su ser cuando se le anuncia la noticia de su ejecución.

Silencio...

– Vuelvo a verla en el quirófono... sólo allí puede gritar por todo lo que ha tenido que callar... Al fin puede gritar por la muerte de aquel hombre, y grita... grita... grita... Grita de dolor, grita de satisfacción, grita de odio y de amor, de asco, de justicia y de humillación... Grita por los suyos y contra su suerte... grita por lo que ha pasado y por lo que le espera... grita mientras la hija que lleva en sus entrañas se hace paso para salir al mundo, impaciente por ver a su madre con los ojos del mismo color que los de su padre.

La mujer se ha tapado los ódos como si no pudiera seguir escuchando el horror... El hombre del frac le ordena que despierte en el mismo momento que vuelve en sí, el Público se pone en pie y vuelve a sus vidas. Ya no recuerda nada, ya está partido en cincuenta y tres añicos. La amnesia ha vuelto, hasta que con la siguiente actuación, el infatigable hombre del frac nos invite a recuperar la memoria.

© Irene Gracia.

Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier soporte.